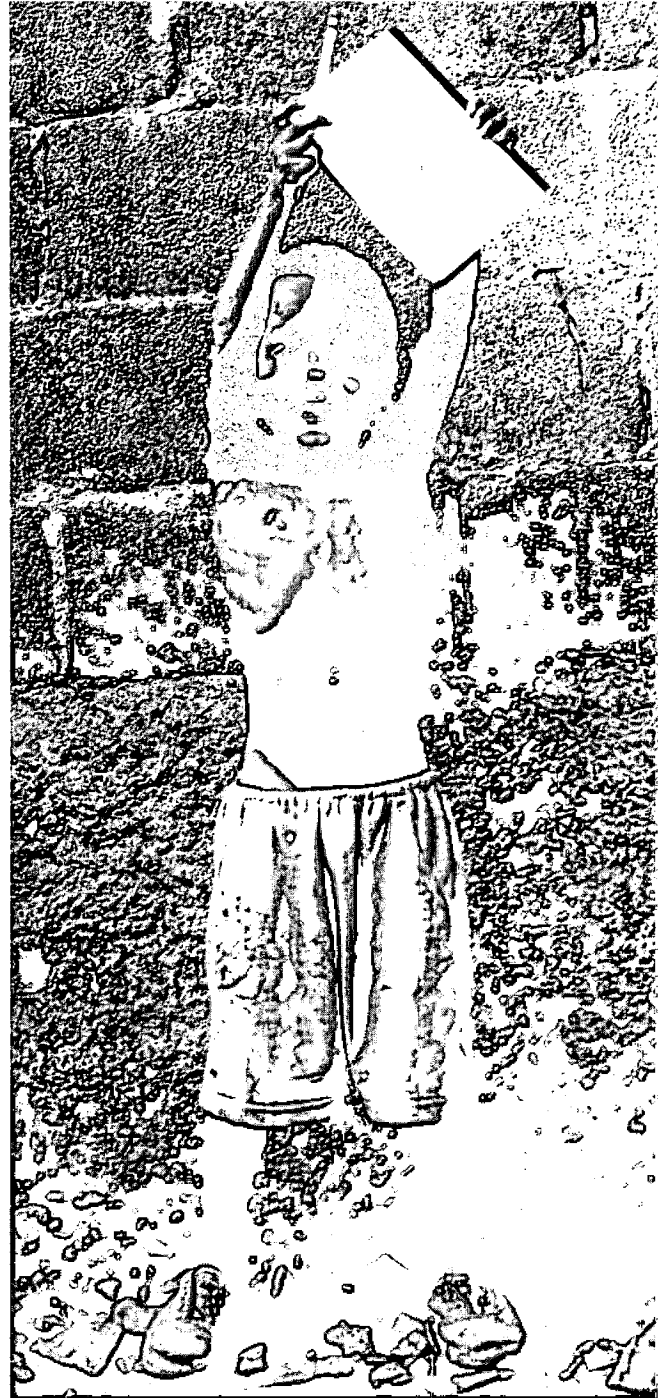


Contra la insoportable habladera sobre la educación

RAMÓN PIÑANGO

Un dato clave sobre la educación venezolana es la brecha inmensa que existe entre el discurso sobre su importancia y lo que verdaderamente se hace para contar con buenas escuelas, liceos y universidades. A nadie se le ocurre negar que la educación es crucial para el desarrollo del país. Todo lo contrario. Cotidianamente, uno lee o escucha afirmaciones de políticos, académicos, empresarios o comunicadores sociales, que pregonan que sin un buen sistema educativo no tenemos futuro como país. Ese discurso, más que aburrido, se ha tornado ofensivo, después de tanto engaño, de tanta inacción, de tanta contradicción entre lo dicho y lo hecho. Cualquier afirmación sobre la educación y su trascendencia suena a demagogia barata, a burdo engaño que ya a nadie engaña. Esto deben saberlo quienes intentan lucirse en público prometiendo maravillas en materia de educación, cosa que ocurre con muchos bríos, especialmente en años electorales.

Es fácil detectar quién está hablando tonterías al pontificar sobre el país, sus problemas y necesidades. Lo etéreo, excesivamente impreciso o demasiado general de las afirmaciones es clara evidencia de que no se sabe lo que se está diciendo o de que no se tienen ganas de trascender las palabras. Es sospechosa y digna de desconfianza cualquier afirmación que no vaya más allá del "debemos invertir en educación, porque ello es invertir en el futuro", del "sin educación no habrá desarrollo", o de "la educación es la



Metas concretas, como los doscientos días como mínimo y la jornada completa, le permitirán al Estado retornar el liderazgo perdido hace décadas en materia de educación.

base de la competitividad". Expresiones como éstas pueden ser calificadas de insulsas, vacías, y hasta de irresponsables, dada la grave situación en que se encuentra el sistema educativo.

Hay quienes pretenden pasar como modernos y revolucionarios planteando, por ejemplo, que la solución del problema de la educación consiste en "informatizar" el sistema educativo, mediante la colocación de computadores en las aulas, y la creación de sistemas interconectados. Este enfoque electrónico desconoce lo que son las condiciones físicas y organizacionales en que existe una típica escuela venezolana. El Ministerio de Educación, por ejemplo, no puede garantizar el suministro de artefactos muy simples como pizarras y pupitres y ni siquiera la adecuada impermeabilización de los techos de los planteles. En estas condiciones, es difícil que sobrevivan los computadores. Garantizar su mantenimiento -por no hablar de cosas más complicadas, como la actualización del software o de que no se roben los aparatos- es, de por sí, una tarea titánica. Quienes andan en una de computadores interconectados, al igual que mucha gente que habla de innovación en la educación, ignoran que no más del 25 por ciento de las escuelas del país cuentan con un teléfono, o -si se quiere- con un enchufe para conectar un teléfono. Claro, si leen esto, rápidamente argumentarán que la conexión puede hacerse vía microondas o vía satélite. (Los veo diciéndolo con gran convicción electrónica).

A estas alturas del juego, después de tantos fracasos y frustraciones, la salida es reservar la energía para discutir planteamientos concretos que representen cambios significativos y viables en la educación... En este sentido, el Foro Educativo Venezuela propone dos metas para comenzar a desenredar la enredadísima madeja del sistema educativo: un mínimo de doscientos días de clase y jornada escolar completa. Estas dos metas tienen, entre otras, las siguientes virtudes: permiten concretar el debate educativo en términos que todos los ciudadanos comprendan; se refieren a la magnitud del esfuerzo que la sociedad -y no sólo el Estado- está dispuesta a invertir en educación; permiten crear un espacio real -buenas edificaciones escolares- que sea punto de referencia de la comunidad, y un período de tiempo diario donde se pueda realizar una amplia variedad de actividades formativas, incluyendo muchas de carácter recreativo. Por supuesto, no es fácil alcanzar las dos metas señaladas. El mínimo de doscientos días requiere la modificación del artículo 46 de la Ley Orgánica de Educación, que establece sesenta días hábiles de vacaciones para los planteles del país, como si existiera una ocupación -la docencia- que requiere casi cuatro veces más de vacaciones que las demás ocupaciones. La jornada escolar completa exige, entre otras cosas, un gran esfuerzo de construcción de edificaciones escolares, y el cambio radical de las rela-

ciones labores con los docentes y el personal administrativo; por ejemplo, necesitamos docentes que trabajen con un mismo grupo mañana y tarde y que devenguen una remuneración digna para que no tengan que "rebuscarse".

De lo que estamos hablando es de metas para ser alcanzadas durante los próximos diez años. Eso sí, comenzando desde ahora. Si a alguien le parece mucho diez años, que piense en las décadas que hemos perdido, y que se cuide de tratar de tomar atajos, truco que nunca nos ha funcionado. Metas concretas, como los doscientos días como mínimo y la jornada completa, le permitirán al Estado retornar el liderazgo perdido hace décadas en materia de educación. El mensaje al país será muy claro, creará una necesaria tensión en la sociedad para hablar sobre algo específico con significativo impacto en el futuro. Este aspecto de la propuesta no es un detalle. La sociedad requiere un claro sentido de dirección y un compromiso consigo misma. Ello sólo es posible si lo que se propone es comprensible por todos, aunque todos no estén de acuerdo. Si se logra aterrizar el debate sobre lo que queremos, ello solo constituiría una gran ganancia, en un país en el cual muchos se sienten perdidos en la divagación sobre lo general, lo abstracto, lo que no entienden o no tiene nada que ver con su vida cotidiana. Si pedimos a los venezolanos un esfuerzo, debemos de ser capaces de proponerles en qué ha de consistir ese esfuerzo. Lo que planteamos la gente de Foro Educativo es que ese esfuerzo consista en más tiempo dedicado en la educación. De esta manera, puede iniciarse una larga jornada de transformación a fondo del sistema educativo venezolano. Lo que pretendemos es que la educación sea verdaderamente un eje fundamental de la transformación del país, a partir de algo claro y simple.



RAMÓN PIÑANGO

Ramón Piñango es sociólogo, PhD en Educación,
Presidente del IESA